

TÚ ESTÁS LOCO, PAPÁ

JUAN MADRID



PERISCOPIO

**TÚ ESTÁS
LOCO, PAPÁ**

JUAN MADRID

TÚ ESTÁS LOCO, PAPÁ



edebé

© Juan Madrid, 2016

© de la edición: EDEBÉ, 2016

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Diseño: Book & Look

Fotografía de portada: Schutterstock

1.^a edición, marzo 2016

ISBN 978-84-683-2474-6

Depósito Legal: B. 25087-2015

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo uno

Antes de que el autobús se detuviera en la estación, Elen vio a su padre, Juan Delforo, en medio del andén agitando la mano. Era un hombre de más de sesenta años con un sombrero blanco de pajilla, gafas redondas de metal, absolutamente pasadas de moda, camisa de flores y pantalones vaqueros cortos deshilachados. Elen volvió la cabeza rápidamente al otro lado para no verlo, mientras su padre se acercaba a la ventanilla y se ponía a golpear el cristal con la mano. Era para morir de vergüenza. Pero eso no fue lo peor; nada más verla, y delante de todo el mundo, comenzó a besarla en las mejillas haciendo mucho ruido. Luego la tomó de los hombros y la apartó para poder mirarla mejor.

—Elenita, qué guapa estás —empezó a decirle su padre—. Pareces una mujercita, has crecido mucho. Deja que te mire. Estás preciosa.

Elen creyó enfermarse. Su padre actuaba como si estuvieran solos en un desierto o algo así.

—No me llames Elenita, papá. Me llamo Elena, ¿vale?

—Sí, es verdad, ya eres mayor. Te llamaré Elena. ¿Dónde tienes el equipaje?

Elen llevaba su portátil en una funda negra, colgada del hombro.

—Es un macuto gris oscuro. Tiene mi nombre.

—¿Has traído el libro de matemáticas y todo lo demás?

Ella asintió con movimientos de cabeza.

Su padre se dirigió a la bodega del autobús y ella se apartó para pasar desapercibida. Pero había un tipejo a su lado que le sonreía. Más bajito que su padre, delgado, con barba blanca recortada. Le tendió la mano.

—Mucho gusto, señorita. Me llamo Luis Sandoval, soy amigo de su padre.

Se la tuvo que estrechar. Su padre apareció con el macuto.

—Vaya lo que pesa esto. ¿Qué llevas, piedras? Bueno, este es Luis, mi amigo. Nos llevará a Salobreña en su coche. ¿Qué tal el viaje?

Había sido una porquería. La señora que se sentó a su lado se había pasado la mayor parte del viaje hablándole de su nieta, una tal *Maritoñi*, a la que le habían suspendido en todas. La señora pensaba que era por tanto bailar y la moda esa de ponerse tatuajes por todo el cuerpo. Tuvo que decirle que ella no se tatuaba; le daban miedo las inyecciones.

Pero su padre no aguardó a que ella contestara. Añadió:

—Ahora son muy cómodos estos viajes, los autobuses están muy bien, ¿verdad?

Se cargó el macuto y la empujó a la salida.

—Venga, vamos. Tengo muchas ganas de volver a casa. Ha cambiado mucho desde la última vez que vi-

niste, ya verás. Ahora tenemos jardín. Te va a encantar.

Como sospechaba, el coche de su amigo era un cascajo, pintado de azul, de hacía lo menos treinta años. Tardaron más de una hora en llegar a Salobreña.

Su padre continuaba sin tener coche.

Subían con dificultad las cuestas empinadas del pueblo.

—Salobreña no fue diseñada para coches, sino para reatas de mulas, ¿no os parece? —manifestó Delforo—. Hace apenas veinte años que empedraron estas calles. Antes eran de tierra.

¿Esperaba que ella contestara? «¿Oh, sí? ¿De verdad?»...

Su padre solía mencionar lo de las mulas y todas esas cosas cuando iban con algún extraño, aunque fuera un taxista. Se lo había oído decir lo menos cien veces. Y luego añadía: «Los romanos nunca se asentaban en colinas, ni en riscos, ni solían construir castillos; erigían campamentos que luego se convertían en ciudades. En esta colina ya había asentamientos humanos en el siglo IX. Hay referencias históricas. Vivimos en un pueblo que ya lo era desde entonces, fijaos».

Pero esta vez no lo hizo.

Ella se puso a pensar en Fabián. Ya estaría en San Rafael. Cata le había dicho que su hermano, en cuanto terminara la facultad, iría a pasar las vacaciones con ellos. Estaba estudiando Empresariales. Segundo o tercero, le parecía. Y luego iba a hacer un máster. Quería ser emprendedor, que es lo que se dice ahora de los empresarios. La semana anterior, en una discoteca, durante el cumpleaños de Cata, la había sacado a bailar

en la oscuridad y le había dicho al oído que era muy guapa. Luego la besó, el primer beso verdadero que le habían dado, y ella se enamoró aún más de él.

Sacó el móvil del bolso. Tenía que saber si ya había llegado. Pero el amigo de su padre le dijo:

—No hay cobertura.

—¿Qué?

—Eso, que no hay cobertura. El satélite no nos capta bien. Es por las montañas, ¿sabes?

Su padre se volvió en el asiento.

—Vaya, tienes móvil. ¿Quién te lo ha comprado, tu madre?

—Me lo he comprado yo con mi dinero —respondió, y luego añadió—: ¿No hay cobertura? ¿En ninguna parte?

Estaba horrorizada.

—En la casa sí —afirmó el tipejo, amigo de su padre—. Ya te diré dónde. Lo mejor es que subas a la azotea. Hay unos cuantos lugares donde nos capta el satélite.

Menos mal.

—A tu padre no le gustan los móviles —el tipejo rio por lo bajo.

—No es eso, Luis. Si hace falta, se tiene, pero a mí no me hacen falta esos telefonillos tan molestos. No fastidies.

Debía de ser una típica discusión de viejos. Ellos siguieron debatiendo sobre la utilidad o no de los móviles un rato más; era un molesto runrún, mientras el coche zigzagueaba por las callejuelas hacia arriba. Volvió a pensar en su chico. Había estado hablando con

él sin parar los tres primeros días después de haberla besado, y a partir de ahí dejó de hacerlo. Cuatro días sin que Fabián contestara a sus llamadas. Cata decía que era por los exámenes finales.

Los dos viejales terminaron de hablar y su padre le dijo:

—Luis ha sido oficial de máquinas en la marina mercante, pero ya se ha retirado. Puede enseñarte matemáticas, si quieres. Sabe bastante.

—Un poco —admitió él—. Si te apetece, te puedo echar una mano.

—No hace falta, muchas gracias. He traído el cuaderno de ejercicios.

—Tengo una barquita, un velero con motor. Podemos dar un paseo por la costa o ir a Málaga o a Almería. Bueno, adonde quieras. Hay tiempo para todo, ¿verdad?

—Es un buen marino —insistió su padre—. También podemos ir a pescar juntos. Él pesca casi todos los días, al amanecer. Nos trae pescado. ¿Te gustaría ir a pescar, Elena?

—Gracias, pero no me gusta el mar. ¿En la azotea hay cobertura?

—Sí, ya te lo he dicho, aunque en unos lugares mejor que en otros. Y hay zonas en la casa..., en la puerta, en algunos rincones de la cocina..., que también tienen cobertura. Tendrás que ir probando.

Elen se adelantó en el asiento.

—Papá, ¿tienes internet, verdad?

El tipejo comenzó a reírse; vio cómo se le agitaban los hombros. Su padre se volvió.

—No, no tengo.

—¿Qué? ¡Pero...! ¡Cómo es que todavía no tienes internet, papá!

Elen no podía creer lo que estaba escuchando.

—No le gusta, y mira que yo se lo tengo dicho. Pero él..., nada, que no hay manera.

—Puedes bajar al pueblo. Hay bastantes locutorios con internet, hija.

Su padre comenzó a decirle algo, pero ella no lo escuchaba. Ni siquiera podía pensar. Ahora no podría comunicarse con su chico. ¿Estaría ya con Cata en San Rafael? Seguro que esta noche irían a bailar a alguna discoteca. Le dieron ganas de llorar.

Qué asco de vida.

Su padre le rozó el hombro con el dedo.

—¿Te has dormido?

—¿Eh? No, no... Estoy un poco cansada.

—Te decía que Luis tiene internet en su casa, puedes ir cuando quieras. Vive cerca, casi al lado de casa. No hay ningún problema, hija. Podrás conectarte todo lo que quieras.

Luis añadió:

—En serio, estoy a tu disposición, nunca me vas a molestar. Puedes estar todo el tiempo que necesites. A mí también me gusta navegar con internet, ¿sabes? Me comunico con mis hijos gracias a internet.

Su padre intervino:

—Es mejor que digas que te «incomunicas» con ellos. Es curioso, en la época de las comunicaciones fáciles, estamos cada vez más incomunicados todos.

Otra vez, los dos viejos comenzaron a discutir.

Elen apenas si los escuchó. Decían algo así como «incomunicación»..., «demasiada facilidad»..., «falsas relaciones»...

El patio era algo nuevo en la casa, su padre se lo había dicho por teléfono las veces que la llamaba a Madrid. Había comprado la casilla de al lado, según él muy barata, la había demolido y en el solar había hecho un jardín. Al menos eso decía.

—Me lo ha hecho Luis —afirmó su padre—. Ha plantado césped, ha buscado las plantas...

—Vamos, Juan, no exageres —contestó el tipejo.

Eso que su padre llamaba «el jardín» era una porquería. Un patio de unos sesenta metros o por ahí, con un trozo de tierra donde crecían un montón de hierbajos salvajes que su padre llamaba «césped», unas cuantas macetas y una palmera enana. Su padre, ayudado por su amigo, ese tipejo, había puesto una mesa alargada y dos bancos corridos. Eso era todo.

Elen apenas lo miró.

—Aquí suelo comer en verano —le dijo su padre—. Se está muy bien, es muy fresquito, ya verás. ¿Quieres subir a la azotea?

¿Eso era lo que le esperaba a ella?

Elen emitió un largo suspiro.

—Me gustaría ir a casa de tu amigo, papá. Tengo que conectarme. ¿Puedo?

—Se llama Luis, hija. Luis Sandoval.

—¡Claro que puedes venir, por supuesto! Y puedes llamarme como quieras.

—Te lo vas a pasar muy bien, hija —le dijo su padre—. Con el jardín, la casa ha cambiado mucho. Además he hecho reformas...

—¿Nos vamos? —le preguntó Elen al tipejo.

—Cuando quieras —le respondió.

—Bueno, te acompaño —le dijo su padre—. ¿Te importa?

Elen se encogió de hombros.

Llevaba casi un año sin ver a su padre.

Elen abrió rápidamente su Whatsapp. Imposible conectarse. Algo fallaba. Se puso nerviosa. Miró los correos. No tenía nada de Fabián, ni de Cata. Había mensajes de algunas compañeras del instituto y mucha basura. Contestó rápidamente a las amigas y puso dos correos. Uno a Cata, donde le explicaba la situación: que su padre era una antigualla patética que no tenía ni móvil, ni internet, ¿podía creerlo?, y le pedía que la llamara al móvil y contestara al correo; y otro a Fabián. Ahí se demoró un poco, observando por el rabillo del ojo a su padre, por si le daba por cotillear. Le pedía por favor que la escribiera y que la llamara al móvil, quería escuchar su voz. Terminaba con un «te amo» y añadía: «besos, besos, besos, millones de besos».

Cuando regresaban a la casa, su padre le iba contando lo buen hombre que era Luis, una persona generosa, muy buen marino.

Le estaba diciendo:

—Ha viajado por los siete mares en todo tipo de

embarcaciones. Nada menos que treinta años. Te puede contar miles de aventuras. Te encantará, ya verás.

—¿Sí? —contestó ella, distraída.

En la casa, su padre le preguntó:

—Bueno, ¿qué te apetece hacer? ¿Te enseñó un poco la casa? He hecho cambios.

Elen tomó el macuto, que estaba en la cocina.

—Voy a irme a mi cuarto. ¿Cuál es?